

NADA ES DESCARTABLE

La autoficción de Enrique Vila-Matas (Barcelona, 1948), transfigura su escritura en un auténtico laberinto mental del que, ni siquiera, el curioso lector escapa, porque el propio autor se afana en tejer esa maraña misma sobre quien se atreve con su literatura y solo así esta, inequívocamente, se confunde entre los límites de una canónica denominación de géneros, y es capaz a su vez de refugiarse en las sólidas bases del humor y la ironía; aunque, tomando la suficiente distancia para subrayar lo íntimo, y de esta manera conseguir un éxito tras otro a la ya memorable continuidad de una obra que, con cada entrega aporta una indiscutible visión, algo nuevo por descubrir.

¿Acaso podemos conocer la solución al misterio del universo? Extraña pregunta cuya respuesta, el escritor Vila-Matas buscará tras, una no menos extraña invitación para participar en la Documenta 13 de Kassel, la mítica feria de arte contemporáneo, arrastrado, mejor convencido por Chus Martínez y la comisaria del evento Carolyn Christov-Bakargiev, y casi sin darse cuenta, convertirse en un auténtico *performance*, o en una instalación viviente, y sentarse a escribir tras un cartel donde puede leerse, *Writer in residence*, en un no menos curioso local, el *Dschingis Khan*, un restaurante chino en las cercanías mismas del parque de Karlsaue, muy cerca de Kassel, y adonde se llega viajando durante horas en la línea circular del bus.

Kassel es, en realidad, un *mcguffin*: un viaje y la *performance* solicitada al escritor una excusa para convertir el arte y la vida, no su sentido, en esa especie de reminiscencia humana sobre ciertos elementos mágicos con que vencer lo oscuro de una época plagada de grises, aunque con la eficacia necesaria de engrandecer un color tan hermoso y, a su vez, capaz de incitar las ideas artísticas en general. El *mcguffin* debe entenderse como un rodeo, una mezcla de truco, engaño o incluso jugada, pero sobre todo, se convierte en *Kassel no invita a la lógica* (2014), en una complicidad entre el autor y el lector, y la mejor de sus variantes sería el *mcguffin* irrisorio o inexistente; es decir, esa posibilidad de la nada, el vacío. En el mundo de la plasticidad no importa tener algo que decir, sino en mostrar, y por este, no otro motivo, le permitirá a su autor distraerse del camino elegido para que nuestra mente, nuestra imaginación se centre, realmente, en lo que verdaderamente importa. Vila-Matas parte de la Documenta de Kassel, como única excusa, o ese inevitable punto de apoyo con que él sustenta sus textos para crear una narración que burle los géneros y las etiquetas convencionales, porque los estudiosos y los historiadores de la literatura se obstinan en medir y, aun más, en clasificar una obra concreta. Y lo más curioso de este libro: un Vila-Matas personaje, que se muestra como un merodeador, un paseante pensante, a la sombra del mejor estilo walseriano.

Desde el mismo punto de partida, ya en su ciudad natal Barcelona y una vez ubicado en Kassel, el autor descubre, indaga, admira y aprende durante sus caminatas por las calles de la ciudad alemana

y en sus alrededores, acerca de la estrecha relación entre las vanguardias artísticas y las literarias, su compleja relación y convivencia con la lógica, como queda reflejado en el párrafo siguiente, en la página 94, donde afirma: —«Nada era descartable en un lugar como Kassel, que, al abrir sus puertas a las ideas de la vanguardia, estaba rechazando implícitamente cualquier invitación a la lógica» —, aunque, recordando la romántica visión del mejor Rüdiger Safranski y su concepto del espíritu alemán, Vila-Matas se pregunta luego si «únicamente como fenómeno estético está justificado el mundo y la existencia». Solo por este hecho, *Kassel no invita a la lógica*, se convierte en una extensa reflexión sobre el arte contemporáneo, tanto para quienes pretendan comprender este tipo de inspiración, como aquellos que se acercan por primera vez, e intentan de alguna manera interpretarlo, aunque el proyecto pronto quedaría truncado si Vila-Matas no hubiera contado para ello con elementos de la narración tradicional: un personaje, que como siempre se parece a Vila-Matas, pero no es en absoluto él, encerrado en una unidad de espacio y de tiempo. La peripecia del escritor invitado a una exposición de arte contemporáneo es el gran «*mcguffin*» que enmascara la realidad: no hay un argumento real en el libro, no hay un punto de partida sólido, como tampoco hay un lugar objetivo al que el narrador quiera llevarnos. El autor elabora en 70 bloques textuales abundantes reflexiones que justifican, de alguna manera, esas ideas brillantes con que el personaje se va encontrando y vislumbra tanto plástica como visualmente, como por ejemplo una corriente de aire en un curioso recinto vacío, firmado por Ryan Gauder, o esa capacidad de arte que envuelto en impulsos levanta el ánimo y sucumbe al final del día cuando la vida te provoca ese amargo sentimiento de melancolía, de rencor y de fatiga de la memoria; aunque, otras muestras provocan en él, estupor e inquietud, las moscas tsé-tsé, o un olvidado frasco de perfume que perteneciera a la amante de Hitler, incluso una de sus toallas con las iniciales del dictador. Solo se reconcilia con el mundo a través de la instalación, “Forest” de Janet Cardiff y George Bures Miller. Y una vez más, el humor enmascara la importancia de las ideas que están operando a lo largo de todo el texto; quizá por eso, siguiendo la máxima chestertoniana, “contra toda lógica, escribimos y leemos. Para encontrar algo nuevo al doblar la esquina”. Y, aún añade el propio Vila-Matas, “(...) contrariamente a lo que creen tantos, no se escribe para entretener, aunque la literatura sea de las cosas más entretenidas que hay, ni se escribe para eso que se llama “contar historias”, aunque la literatura esté llena de relatos geniales. No. Se escribe para *atar* al lector, para adueñarse de él, para seducirlo, para subyugarlo, para entrar en el espíritu de otro y quedarse allí, para conmocionarlo, para conquistarlo...”.

Enrique Vila-Matas tiende un puente entre esa dificultad que se presupone en el arte contemporáneo y el público al que explicaciones convencionales no llegan, sobre todo porque en Kassel descubre una serie de sensaciones que logran abrir una vía al escéptico. Pedro M. DOMENE

Enrique Vila-Matas; *Kassel no invita a la lógica*; Barcelona, Seix-Barral, 2014; 300 págs.